

Mapeo polifónico: 26 de octubre de 2020¹

Presentación: Soledad Álvarez Velasco – Iréri Ceja Cádenas – Bruno Miranda

Moderación: Eileen Truax

Participantes: María Fernanda (De Angola, desde Brasil), Saúl Rivera (De México, desde Estados Unidos), Lorena Zambrano (De Ecuador, desde Chile), Yeraldine Cabrera (De Venezuela, desde Ecuador).

Texto a cargo de: Carina Trabalón

¿Qué es lo que les da esperanza?

“ver a las mujeres migrantes empoderadas...eso me da fe”.

Lorena

“el acompañamiento de las organizaciones (...) y ver a mis hijos, abrazar a mis papas, conocer a mis sobrinos”.

Yeraldine

“el tratamiento de la ‘Regularización ya’... porque sin documentos no tenemos acceso a salud, justicia, vivienda”.

María Fernanda

“la esperanza de poder regresar, ver a mis dos hijos... poder estar con mi familia, eso es lo que me mantiene en lucha”.

Saúl

En este texto nos interesa reflexionar sobre algunos aspectos emergentes en los relatos expresados en el evento “Mapeo Polifónico al aire: Testimonios de migrantes durante la pandemia”, con la intención de continuar visibilizando las tensiones entre control y movimiento que vienen atravesando a las Américas. En esta oportunidad, desde las voces, miradas y estrategias desplegadas por los y las migrantes que manifiestan, subjetiva y colectivamente, parte de las dinámicas y conflictos fronterizos que tienen lugar no solo en diversos espacios sino también, con relación a diferentes líneas temporales que permiten conectar la coyuntura actual del COVID con procesos de desigualdad estructurales e históricamente constituidos. En este sentido, el Mapeo polifónico se propone aquí como *contranarrativa* de las prácticas y discursos hegemónicos sobre los y las migrantes, y los modos en que se plantea actualmente la vinculación de sus procesos de movilidad con la “emergencia sanitaria” y la securitización/humanitarización de las fronteras. Frente a ello, proponemos colocar en primer plano sus prácticas, condicionamientos y disputas recurrentes: “a través de sus relatos se constata su experiencia cotidiana de (in)movilidad, confinamiento, de riesgo de enfermedad, su confrontación diaria con la burocracia, la xenofobia, el desempleo; y a la vez, cómo su lucha

¹ El evento puede ser visto en: <https://www.youtube.com/watch?v=2Hr5iAaTngk>

vital se despliega entre la solidaridad, su fuerza y la esperanza”. En este escenario, mencionamos brevemente tres dimensiones que marcan la transversalidad de las historias de vida compartidas: primero, diferentes mecanismos institucionales que producen las condiciones de precarización de la vida en la que muchos y muchas se encuentran; segundo, los procesos de racialización que atraviesan social e institucionalmente la cotidianidad de sus vidas; tercero, las luchas a través de las cuales materializan las formas de negociación y resistencia en torno al control de su movilidad.

“El sueño de estar mejor, ayudar a la familia, se vuelve una pesadilla”

Una primera dimensión que emergió en los relatos remite a la exposición y visibilización de diferentes prácticas y mecanismos de control que contribuyen activamente a la precarización de las condiciones de vida de los y las migrantes, antes y durante la pandemia. En particular, el caso de Yeraldine, venezolana en Ecuador, sintetiza muchos de los aspectos que, bajo distintas variantes, generalmente confluyen en el cruce entre procesos de ilegalización, devaluación de capitales y explotación laboral en los diferentes países de las Américas. Yeraldine no logró validar ninguno de sus dos títulos universitarios por no cumplir con los requisitos burocráticos exigidos para ello. Como resultado, en este momento se encuentra inmersa en redes laborales informales con un alto grado de precarización que reducen sus ingresos a la mera subsistencia “aceptas trabajos de 12-14 horas porque no te queda otra y aun así no puedes ayudar a tu familia”. De este modo, la imposibilidad de enviar remesas, de ayudar a su familia en Venezuela, se produce al no poder capitalizar aquello (los títulos universitarios) que para ella representa “la construcción de toda una vida”, haciendo patente la desigualdad de condiciones en que se desarrolla la vida entre nacionales y no nacionales. Además, vivir de manera ilegalizada supone estar más expuesta a la explotación, “si no tienes papeles, no tienes derechos”, y experimentar un miedo y una preocupación constante, como comenta Yeraldine: “ejercer la economía informal es una competencia con la policía que te persigue porque no tienes papeles, te pueden multar, es realmente fuerte, porque si no tienes como legalizarte económicamente, porque tienes que pagar para poder legalizarte... cómo voy a pagar una multa de 1200 dólares sino tengo papeles, y migración te para, te hace la boleta y tienes que pagar la multa (para realizar cualquier trámite posterior)”.

Según los relatos, estas circunstancias se vieron agravadas por el inicio de la pandemia que afectó diferencialmente al mercado laboral informal y la situación de los y las migrantes. Con matices diferentes según los contextos nacionales y transnacionales, sus ingresos se vieron drásticamente afectados en un escenario agravado por la escasa o total ausencia de ayuda estatal, con enormes dificultades para acceder al sistema de salud y, en general, a los trámites para obtener cualquier tipo de documentación. Así, las circunstancias relatadas pusieron en evidencia de qué maneras los esquemas institucionales de ilegalización –potenciados por la situación de pandemia- contribuyen de manera directa a profundizar las condiciones de vulnerabilidad y precarización en la que ya se encontraba gran parte de la población migrante en los distintos países de las Américas.

“Como migrante... tu nombre se pierde en el trascurso del camino”

Una segunda dimensión se vincula con la producción de categorías racializadas según el género, la raza, el origen étnico y la pertenencia nacional sobre los y las migrantes. Esto se hizo presente en los distintos relatos en los que la discriminación y los estereotipos sociales negativos constituyeron el lugar común de las experiencias en todos los países involucrados. Las figuras racializadas se presentaron en variadas construcciones. Lorena, ecuatoriana en Chile, nos relató la recurrente violencia de la que es objeto a partir de la consideración de la mujer migrante como “prostituta, que vienes a robar el marido”, y las diferentes consecuencias que tiene esta interpelación, construida en base al género, sexualidad y ciertos rasgos fenotípicos, en el desarrollo de su vida cotidiana, “han pasado diez años y todavía uno lo vive muy mal”. Asimismo, Lorena manifestó angustiosamente cómo la discriminación también alcanza a sus hijos/as quienes sufren diferentes formas de rechazo y subordinación en la escuela. Por otro lado, Fernanda, angolana en Brasil, nos contó sobre el racismo vivenciado por las mujeres negras y migrantes y, en términos más generales, de la “sospecha” que pesa sobre los cuerpos marcados racialmente –de cualquier género o identificación sexual- en su transitar cotidiano por la ciudad, “no puedes ir ni al super, que tienes al de seguridad detrás de ti”, “si eres negro, eres sospechoso”. También Yeraldine nos habló de la discriminación que sufre como parte de la comunidad LGBTIQ+. En este caso, ella hizo hincapié en cómo desde su condición migrante, las diferentes miradas estigmatizantes que se construyen sobre las lesbianas y personas trans, condiciona de manera permanente sus modos de habitar los diferentes espacios de la ciudad en la que vive. Por último, Saúl, de la comunidad indígena Yuvinavi en el estado de Guerrero, México y viviendo en Estados Unidos, nos relató sobre la discriminación y el racismo experimentado por los y las migrantes indígenas tanto en México (con la migración interna) como en Estados Unidos. Saúl considera que es muy triste ser conscientes del hecho de que, en diversos contextos y circunstancias, se ven en la necesidad de tener que negar sus orígenes étnicos para acceder a determinados recursos materiales o simbólicos y, a su vez, advertir que ni siquiera la negación étnica como estrategia laboral resulta efectiva debido al racismo sustentado en su color de piel o rasgos físicos.

“Vale la pena seguir luchando”

La tercera dimensión a destacar se refiere a las luchas por el movimiento y busca visibilizar cómo los y las migrantes se organizan y negocian las fronteras a pesar de los condicionamientos, violencias y desigualdades que conllevan las diferentes prácticas de control y formas de estigmatización, subordinación y racialización mencionadas. Estas luchas, de vital importancia “para sostener la vida” en el contexto de COVID, se inscriben en cada una de las biografías particulares y, al mismo tiempo, son expresión de procesos familiares, comunitarios y colectivos más amplios, que buscan mantener los diferentes proyectos migratorios a través de lógicas y redes transnacionales que exceden los espacios de control y las dinámicas nacionales que pretenden imponer las políticas de movilidad dominantes.

Así, surgen variadas experiencias de organización y lucha que producen nuevas formas de habitar la condición migrante en los distintos países. Saúl nos cuenta precisamente cómo la conformación del movimiento cultural del que forma parte, emerge como un modo concreto de combatir las distintas violencias y formas de discriminación. Para ello, el colectivo involucra estrategias laborales específicas que son presentadas como contestación y alternativa a la negación de sus orígenes y apuesta por la creación de

redes colectivas de contención y trabajo para los migrantes indígenas en Estados Unidos. Por otro lado, en Brasil se encuentra el colectivo “Diáspora Africana” en el que participa Fernanda, en el que se destaca su trabajo en asesoría psicológica gratuita como parte de muchas otras actividades y acciones que lleva adelante esta agrupación, en articulación con otras instituciones y organizaciones de y para migrantes en ese país. Por último, Lorena nos relató sobre su tránsito personal hacia el activismo político, “yo era otro tipo de mujer, tímida y retraída”, luego de una experiencia de violencia obstétrica y de muchas situaciones de discriminación y xenofobia, sostiene la importancia “de salir de esa burbuja”, salir de la idea de “mi país, mis derechos, para entender otras cosas”. Hoy se encuentra trabajando con diferentes organizaciones de base, muchas de las cuales se definen desde el feminismo migrante, y cuenta cómo su participación política en el marco de ollas comunitarias, campamentos y tomas, le permitió organizarse y entender la importancia de ayudarse mutuamente “más allá de las diferentes colectividades” y de la barrera de los nacionalismos ya que, como nos dice, “las fronteras son parte de nuestra imaginación”.

Estos procesos de subjetivación política, en los que las biografías se transforman y los propios cuerpos se resignifican, representan parte de las luchas actuales que se libran en torno al control y el movimiento en las Américas. En este contexto, aunque es evidente que las violencias y restricciones se han intensificado en la actual coyuntura, creemos que sus voces, miradas y experiencias expresan, ante todo, una denuncia a las desigualdades estructurales e históricas sobre las que se asientan y delinear las diversas formas de control sobre la movilidad en nuestra contemporaneidad global.